

II Domingo después de Navidad, Ciclo B

Felicidades: Seguimos en Navidad

Seguimos en Navidad y por eso el mundo cristiano marca el comienzo del **año nuevo con el nacimiento de Jesús**. No es sólo que Jesús naciera en estas fechas del año, sino que, porque Él nació, vino con él el tiempo de la gracia y del Espíritu, el tiempo de la alegría y de la esperanza, el tiempo del amor regenerador de la vida, y así **dio comienzo la fiesta del año nuevo, la cual, con la navidad**, se sitúa en el solsticio de invierno de la cuenca mediterránea. El sol creciente de estos días anuncia el crecimiento de aquella verdadera Luz que con la Nochebuena empezó a brillar en el mundo. **La nueva luz es Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre y nacido de la Virgen María, por obra del Espíritu Santo**, que culminó la revelación plena del amor de Dios a la humanidad dando la vida por todos y consiguiéndonos la redención con la sangre de su cruz. Este gran misterio es el que especialmente en la Iglesia celebramos a lo largo de todos estos días contemplando distintos aspectos del mismo desde la pluralidad y la riqueza de los textos bíblicos que se proclaman los domingos y festivos.

Este gran misterio queda reflejado también en las lecturas de este domingo, que son como **himnos de la comunidad cristiana primitiva**, que cantan la grandeza de la sabiduría de Dios (Eclo 24,1-4.12-16), personificada en la Palabra hecha carne (Jn 1,1-18) y dada a conocer al hombre como derroche de gracia en Cristo, el amado, que desde el Evangelio nos impulsa a la glorificación de Dios Padre (Ef 1,3-18).

En el **Prólogo de su Evangelio (Jn 1,1-18)** Juan nos describe en forma poética excelsa el misterio de la **Palabra hecha carne**. De este modo interpreta el significado profundo del nacimiento de Jesús con un lenguaje y unas categorías sapienciales: Jesús es la Palabra de Dios, la palabra eterna, creadora y vivificadora. **La palabra es la luz verdadera** que alumbra a todo hombre.

Pero el prólogo de Juan refleja también, por una parte, el **drama** de quienes **no lo reciben** y, por otra, la capacidad para vivir como hijos de Dios de parte de quienes **lo acogen** mediante la fe. **Aceptar a Jesús como Palabra definitiva de Dios** y como Hijo del mismo Dios, reconocer la divinidad en su humanidad es contemplar la gloria del Padre en el Hijo único, lleno de gracia y de verdad. Y de su plenitud recibimos los creyentes todo en la vida como una gracia. Por ello con María

y como María en Navidad podemos experimentar todos los creyentes la gran alegría de sentirnos agraciados por estar unidos estrechamente unidos a Jesús, Hijo de Dios, Señor y Hermano nuestro.

Especialmente el autor de la carta a los Efesios revela las consecuencias que tiene para nosotros la Navidad redentora de Cristo, pues nos permite entender toda nuestra vida a la luz del misterio de Cristo y nos transmite en lenguaje solemne y exultante que el principal motivo de nuestro agradecimiento a Dios Padre es Cristo, pues en él, con él y por medio de él hemos sido elegidos antes de la creación del mundo, hemos sido destinados a ser hijos de Dios y hemos conocido por medio del evangelio de la salvación la sobreabundante gracia derramada con colmo sobre el ser humano. **Igual que la Virgen María** ha sido colmada de gracia por Dios, también a nosotros **Dios nos agració en Cristo**, de modo que si acogemos el misterio contenido en el Evangelio, también nosotros **viviremos la plenitud de la gracia y de la alegría**.

En el cuarto domingo de Adviento decíamos que en la carta a los Efesios se hace extensivo a los creyentes el derroche de gracia que tuvo lugar en la Virgen María, a la que llamamos "colmada de gracia", pues el mismo verbo **"agraciar" del saludo del ángel a María (Lc 1,28) se utiliza también para nosotros (Ef 1,6)**, de modo que sintiéndonos elegidos antes de la creación del mundo y destinados a vivir como hijos del Padre, participemos de la inmensa alegría de haber sido colmados de gracia por el Hijo y en el Hijo. En efecto, **conocer a Cristo, seguir sus pasos y orientar nuestro futuro según el suyo**, es para sentirnos, como María, verdaderamente **dichosos** y **tocados** definitivamente por **la gracia de Dios**, siempre y sólo por medio de Jesucristo y por los méritos de su muerte y resurrección.

La diferencia entre **María** y cada uno de nosotros es que en ella la realidad de la **gracia** desbordante de Dios es proclamada por Lucas como un **don de Dios** y como una **respuesta creyente de María**, ambas siempre vigentes (en virtud del aspecto verbal del perfecto griego), mientras que **en nosotros el don de la gracia nos ha sido dado en Cristo**, pero el aspecto del tiempo verbal griego de la carta a los Efesios (aoristo o lo que antes llamábamos indefinido) destaca el don como un acontecimiento real ya acontecido **pero no tanto la respuesta de la fe**, la cual depende de nosotros y por eso **cada uno de nosotros tiene que seguir escribiéndola** en la vida, a lo largo de este año.

La carta a los Efesios revela así el alcance espléndido del misterio de Cristo. Es muy importante que Cristo haya obtenido el perdón de los hombres y la reconciliación mediante su muerte en la cruz, pero también es trascendental que Dios nos haya revelado el sentido y valor de esa muerte y, de ese modo, **nos haya permitido acceder a la gracia de su amor**. Esto es lo que los creyentes celebramos también en Navidad, pues al nacer el Hijo de Dios todos nacemos como hijos de Dios y empezamos a vivir en auténtica fraternidad con los demás hermanos. Y esa **nueva identidad que nos vincula a Dios** se proyecta tanto a **nuestro origen**, "elegidos antes de la creación del mundo", como a **nuestro futuro**, destinados a ser "alabanza de su gloria". Con Cristo, palabra de hecha carne, todos nacemos a su misma vida. ¡Feliz Navidad!

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura